EL DESEO DE MARÍA

Penélope Adams

EL DESEO DE MARÍA

Penélope Adams

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2023
© Penélope Adams, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-33-5
IBIC: FP
DEPÓSTITO LEGAL: M-17068-2023

No soy tu esclava, tú eres mi huésped.

CLEOPATRA

POR DEBAJO DE LA MESA

Su vida siempre fue oscura y religiosa, impregnada continuamente por ese beatismo intransigente que la obligaba a ser alguien que nunca quiso ser. Sus padres la exigían arrodillarse y azotarse con su fusta liberadora, que en su tierna carne infantil abría lacerantes heridas, las cicatrices de su espalda habían sido la comidilla de sus compañeras cuando iniciaron sus clases de natación.

Cuando por primera vez su entrenadora las vio, tenía María siete años, fue motivo de reunión con sus padres, María trató por todos los medios de que eso no sucediera, porque sabía que le traería graves consecuencias… y así fue.

Siempre había tratado de ocultar sus señales, también tenía en los muslos, infringidas casi todas por su padre, pero también por su madre, que nunca tuvo una

palabra de amor para ella, ni una caricia, tan solo frialdad e incluso celos pues veía como su marido miraba a María e intuía deseo y perversión. No se equivocaba.

Su primer encuentro con el sexo fue tan aberrante como prematuro, acababa de cumplir catorce años, ya había vivido ciertas caricias no propias de un padre hacia ella que la hacían sentir asco y miedo, evitaba como podía quedarse a solas con él, pero era tan solo una niña y poco podía hacer.

Fue una noche, su madre dormía exhausta tras una sesión de flagelación en la horrible habitación de la expiación, El Expiatorium. María nunca dormía de manera profunda, sabía que su padre merodeaba su puerta y el pavor la mantenía alerta y despierta prácticamente todas las noches.

Aquella noche María sabía lo que iba a pasar, en la cena tuvo un escalofrío al sentir la mano de su padre sobre su muslo por debajo de la mesa, nunca había pasado y se quedó inmóvil, sabía que si bajaba la mano para impedir que su padre la tocara algo malo pasaría y acabaría recibiendo ella, como siempre.

Aquel sucio beato, de cuerpo enorme y desproporcionado pues sus hombros y manos eran grandes como las de un gigante y sus piernas largas y delgadas. Siempre lucía un guardapolvo negro con estampas de tela de diferentes mártires cosidas dentro del forro y cubría su cabeza con un sombrero negro de

alas grandes y caídas como llevan los cuáqueros, ofrecía una imagen grotesca y amenazadora.

Sentir la mano de su padre sobre el muslo le cortó la respiración y dio un brinco en su silla, su madre la fulminó con la mirada y María trató de disimular manteniéndose rígida y sin moverse de la silla.

Ese cerdo empezó a subir la mano por su entrepierna y le bajó el calcetín que le llegaba por encima de la rodilla, María estaba a punto de entrar en pánico, su padre estaba jadeando y de reojo le miró y vio cómo le colgaba saliva por la comisura del labio.

Su mano fue subiendo, María apretó con fuerza la servilleta y tratando de salir como pudo de esa situación se le ocurrió tirar la cuchara que tenía en la mano derecha al suelo.

Su madre la gritó increpando que no tenía cuidado con nada y su padre la miró directamente a los ojos y apretó tanto su mano sobre el muslo que María llevó sus repugnantes dedos marcados durante días como estigma de lo sucedido. Al agacharse a recoger la cuchara pudo ver por debajo de la mesa como el miembro de su padre estaba fuera del pantalón y totalmente erecto, casi se queda sin respiración, le pareció algo muy grande y repugnante, subió la cabeza de forma rápida y no pudo evitar cruzar la mirada con la de su padre y este le envió una grotesca sonrisa como diciéndole: «Prepárate».

María tuvo una arcada y consiguió echar la silla hacia atrás despegando así la repulsiva y caliente mano de su padre que ya casi le rozaba las braguitas.

Su madre se levantó también y le dio una bofetada tan fuerte que el oído le empezó a pitar con un agudo quejido, miró a su madre sin comprender y esta no dijo nada, solo la miraba con odio y le hizo una señal con el dedo ordenándola que se fuera a su cuarto.

Más tarde supo que su madre fue absolutamente consciente de lo que pasó en aquella cena, deseaba de una forma tan enfermiza a su marido, con tanta lascivia que los celos se la comían viva, optó por hacer daño a la víctima y sacarla de allí, no para protegerla, sino para impedir que su marido tocara a otra mujer que no fuera ella.

María estaba en su dormitorio muerta de miedo, hacía frío y no le habían encendido la estufa de su habitación, ella no sabía cómo funcionaba y se encogió de frío bajo el edredón, se abrigó con varias camisetas, no sabía si por protegerse del frío o por poner trabas entre su cuerpo y las temidas manos de su padre.

Era madrugada ya y le oyó acercarse a la puerta, el corazón de María se disparó, no podía escaparse, tenía rejas en las ventanas y no podía salir de allí. La luz por debajo de la puerta se apagó y llegó el silencio, por un momento pensó que su padre se había ido, pero no, escuchó como la puerta de su dormitorio se abría sigilosamente.

A través de la ventana, se filtraba luz de las farolas y ofrecía una imagen todavía más grotesca de su padre, como un ogro entrando en su habitación. Ni siquiera la dijo que se callara, ni hizo gesto alguno de amenaza, tan seguro estaba de que María no diría ni mu…

Veía acercarse la figura de su padre, cada vez más grande, cada vez más horrible, sintió su olor antes que sus dedos, olió ese agrio hedor del sudor cuando se sometía a sus enfermizos rituales de dolor, siempre se jactaba de ser el que más dolor aguantaba y que eso le haría llegar al reino de los cielos y tener allí un importante lugar, era capaz de infringirse a sí mismo torturas inimaginables en el nombre de Dios.

Siempre que salía de aquella sala despedía ese hediondo olor a excitación, sudor y pútrido beatismo que expelía por cada poro de su piel.

Hoy ese olor la abofeteó mucho antes de sentir el cuerpo de su padre sobre ella.

No aminoró el paso, fue directo hacia su cama, María se aferraba con fuerza a su edredón de unicornios, pero esa fortaleza no tardó en caer y según llegó a la cama, cogió el edredón con una de sus enormes manos y se lo arrancó. Le hizo daño en los dedos pues estaban aferrados a él, pero nada parecido con lo que le esperaba.

Sin mediar palabra se abalanzó sobre ella y a pesar de que María trataba de apartar sus manos, él insistía en su objetivo que era arrancarle el pijama como fuera,

cuando vio que debajo llevaba otra camiseta sus ojos echaron chispas y María sintió tanto miedo que ella misma se quitó las dos camisetas que le quedaban y que la dejaron con su tierno torso desnudo ante la lasciva mirada de su padre.

Ella trataba de taparse los pequeños pechos que estaban comenzando a florecer, pero no tenía fuerza en comparación con aquel animal que ahora resoplaba ante ella tratando de abrir sus brazos y observar su trofeo.

La obligó a la fuerza a descubrirse y con una de sus enormes manos le sujeto los brazos por encima de la cabeza, dejándola al descubierto ante él.

María vio cómo su padre sonreía con una mueca enferma y diabólica y su otra mano fue directa y se introdujo bajo el pantalón del pijama de María sin mediar palabras, ni caricias, ni besos, ni nada… arrancó de un manotazo las braguitas de María y le bajó los pantalones del pijama.

María trataba de zafarse como podía para proteger sus partes íntimas, todavía la dolían de hacía tres días cuando su madre la obligó a abrirse de piernas desnuda en El Expiatorium y la azotó en la vulva con la fusta maldiciendo lo puta y guarra que era, a pesar de que sabía que María conservaba su virginidad intacta, la joven era lo único virgen en aquella sucia casa.

Su padre sabía que nada más grande que una fina aguja se había introducido ahí, ni siquiera un tampón

ya que era novata en el tema del periodo y usaba compresas que robaba a escondidas pues creía que si su madre sabía que le había bajado la regla la torturaría más todavía, no sabía por qué, pero lo intuía…

Su padre, ese cabrón enorme, ahora la había obligado a tumbarse y le tenía cogidas las manos por las muñecas, lo hacía con una sola mano, así de grandes eran.

Con su mano derecha, ruda y rasposa, tocó los pechos de María que dio un respingo de dolor y miedo, fue bajando y María notó como la saliva de su padre le caía de la boca y aterrizó en su ombligo, él la aprovechó y recogió con sus dedos, los dirigió a la boca de María que veía como llegaban y no podía apretarlos con más fuerza, olía su saliva antes de llegar y veía como se le escurría entre los dedos, no podría pararlo y así fue, su padre apretó con tanta fuerza sus dedos contra la boca de María que sus labios se abrieron y esos dedazos repletos de saliva se introdujeron en su boca.

Eso excitó a su padre que resoplaba como un lobo en su oído. Cuando estuvo satisfecho provocando arcadas al introducir los dedos hasta el fondo de la garganta de María, los sacó de su boca, impregnados ahora de la saliva de ambos y sin darle tiempo a pensar, los bajo hasta la vulva de María que en acto reflejo se cerró a cal y canto impidiendo en un primer segundo que nada entrara, pero al igual que en la boca, la fuerza de su padre abrió los labios vaginales de María y sin pedir

permiso ni perdón se introdujo en ella provocándole un dolor atroz que salió en forma de quejido.

Su padre enfadado le soltó las manos y le tapó la boca amenazándola con que si la oía gritar la mataría. María le creyó e hizo muy bien.

No podía respirar con la mano de su padre tapándole la boca y la nariz, era tan grande que tan solo le dejaba libre los ojos que en ese momento estaban desorbitados buscando una forma de huir y salir de ese infierno.

Los dedos de su padre estaban dentro de ella, cada uno de ellos podría fácilmente tener el tamaño de un miembro viril y ahora ese cabrón le había metido dos de golpe rompiendo así su himen que hasta ahora estaba intacto. El muy cerdo encendió la luz de la mesilla de María y al ver la sangre en sus dedos la excitación le volvió loco, los lamió y se los pasó a María por la cara que por primera vez olió su sexo.

Por un momento creyó que todo había acabado y que su padre se había conformado desvirgándola con los dedos, pero nada más lejos, los jadeos de su padre iban en aumento y volvió a inmovilizarla con una sola mano y con la otra apresuradamente se desabrochó el pantalón y sacó fuera esa verga enorme y venosa que María había visto bajo la mesa.

Sus ojos no podían dejar de mirarla, era algo desproporcionado, la mano de su padre seguía tapándole la boca y le llegaba un olor fuerte a pesar de tener la

nariz tapada, su padre la miró y ella entendió que iba a quitar la mano de su boca, pero que si volvía a gritar le haría mucho daño, más del que temía que iba a sufrir ahora mismo.

María asintió con la cabeza y su padre retiró la mano de su boca, el olor se hizo más fuerte e inundó su pituitaria, ya lo había olido antes, pero solo en El Expiatorium, intuyó que ese olor a sexo procedía del pene de su padre, este la miró y después miró su enorme polla con orgullo.

Se quitó los pantalones ante una aterrorizada María que miraba por la ventana buscando auxilio, pero nadie había en la calle a esas horas.

Su padre estaba absolutamente embebido de lujuria y excitado por lo que iba a pasar, su hija desnuda y aun sangrando su virginidad le miraba asustada sobre su sábana blanca y eso le excitaba más aún, el miedo era su pasión, su punto culminante de excitación y ahora mismo en esa habitación había mucho, mucho miedo.

Dejó caer los pantalones y les dio una patada alejándolos como si fueran el impedimento para poseer a su hija. La verga erecta y desproporcionada le rozaba el ombligo (María no vería nunca más en su vida una polla tan enhiesta y grande como la de su padre), le separaban tan solo unos centímetros y María estaba aterrorizada, muerta de miedo y paralizada, no podía mover ni un músculo, ni siquiera gritar del pavor que

estaba sintiendo en ese momento al ver la mirada lasciva de su padre y aquella enorme polla dirigiéndose hacia ella.

Él ni siquiera se agachó a rozar sus labios ni acariciarla buscando algo de excitación en ella, era algo que le daba exactamente igual, fue directo, abrió con fuerza las piernas de su hija y dejó su vulva sangrienta y abierta ante él, volvió a resoplar y su baba volvió a caer de su boca, cogió su miembro con la mano derecha, mientras que con la izquierda apretaba el torso de su hija contra la cama para que no se despegara del colchón y no se moviera y así, inmovilizada, embistió contra ella como un toro y de una vez le introdujo dentro su enorme verga provocando un desgarro y dolor indescriptible en la joven María que en ese momento se desmayó del daño y su padre que ni si quiera vio que María había perdido la consciencia, entró y salió y entró y salió embistiendo la entrepierna de su hija y babeándola mientras murmuraba una letanía que le hacía parecer poseído.

María recobró la conciencia mientras su padre todavía la estaba embistiendo y el dolor que sintió fue tan fuerte que notó que perdía de nuevo el conocimiento, pero trató de reponerse y recordó que había visto en TV una chica que habían violado y decía con la cara pixelada y la voz procesada por ordenador, que lo mejor era dejarse hacer porque si oponías resistencia era mucho peor.

Sabía que estaba siendo violada por su padre e intentó hacer lo que creyó que frenaría el dolor y haría que su padre no la poseyera de esa forma tan rabiosa, le cogió las muñecas a la altura de sus caderas, ya que con sus enormes manos ahora la tenía cogida por ahí y entraba y salía como un loco, sacando por completo esa enormidad de dentro de María y volviendo a entrar con tal fuerza que la cabeza de la joven rebotaba en el cabezal de la cama y la estaba destrozando.

Apretó las muñecas de su padre y este volvió un poco en sí y cesó la letanía, la miró y ella sacando fuerzas de flaqueza y con los únicos recursos de los que disponía lo miró a los ojos y le sonrió.

Tonta de ella creía que esto haría que él, aunque no parara, lo hiciera de forma menos dura y más dulce, pero lo que hizo fue enfurecerle y se acercó a su oído y le dijo: «Puta, eres muy puta, sonríes a tu padre cuando te penetra, si no fuera porque he visto tu sangre en mis dedos y en mi polla diría que ya has follado con medio barrio. Siempre supe que eras una zorra como tu madre, así que ahora vas a sentir lo que es el dolor».

Esas palabras aterraron y atenazaron el cuerpo de María, había metido la pata, sonreírle había vuelto loco a su padre y ahora estaba súper excitado y enfadado, así que embistió a su hija varias veces más y por fin sacó su verga de la vulva de María que creía que la había desgarrado por dentro. Nunca imaginó lo que iba a pasar ahora mismo.

Su padre la levantó por los muslos y dejó abiertos ante él los dos orificios de su hija, uno ensangrentado y el otro cerrado por el que no cabría en ese momento ni un alfiler.

Se arrodilló en el suelo, puso sus manos bajo las rodillas de María y la atrajo hasta el borde de la cama, tenía la vulva y el ano de su hija a dos centímetros y sacó su lengua rasposa como la de un gato y hedionda de impurezas y lascivia enquistada y lamió de una vez los dos orificios, María dio un respingo pues un escalofrió le recorrió el cuerpo.

Su mente no esperaba algo que no le hiciera daño y esa lengua grande y pesada lamiéndole ahí abajo estaba haciéndole bien y calmando el dolor que acababan de provocarle las brutales embestidas de su padre.

Ahí estuvo mucho tiempo lamiendo y lamiendo e introduciendo la lengua hasta el fondo de la dolorida vagina de María provocando, sin ella quererlo, un eco de placer.

Introdujo su dedo anular en la vagina de María que en ese momento estaba sintiendo un calor placentero que le subía por las entrañas, algo que era incapaz de entender y mucho menos de justificar, pero la lengua de su padre, pesada y mojada empujando su clítoris y su dedo en la vagina, arrancaron de ella un espasmo y una contracción en la vulva que su padre rápidamente identificó con un orgasmo y eso le excitó y enfureció a la par.

Con más fuerza introdujo otro dedo en la vagina de María, que no pudo contener un jadeo y su espalda se arqueó ante la embestida de los dedos de su padre dentro de ella. No podía reprimir lo que estaba sintiendo, ella era virgen e inexperta y nunca había pensado en el sexo y menos de esa forma brutal, intuía que sería con su padre, pero albergaba la ilusión de que no fuera así, pero ahora las interrogantes habían desaparecido y quien acababa de violarla y la había hecho perder el conocimiento de dolor había sido él, su propio padre.

Su mente se estaba volviendo loca, ahora mismo no podía entender lo que estaba sucediendo, ¿por qué su cuerpo estaba reaccionando así? No entendía el porqué estaba sintiendo tanto placer.

¡No podía evitarlo! Sintió una contracción en la vagina que la hizo morderse los labios de placer y mirar a su padre que ahora tenía los dedos de la mano izquierda dentro de su hija y los dedos de su mano derecha abrazando su verga y masturbándose delante de ella.

Cuando creyó que María estaba lo suficiente húmeda y sus dos dedos también, los sacó y mirándola fijamente a los ojos los introdujo de una vez en el ano previamente lamido y humedecido, el dolor fue atroz, pero iba unido, absolutamente fusionado a un placer negro y oscuro que la hacía hervir por dentro.

María se incorporó con un grito ahogado de dolor y placer y con los dedos de su padre aún metidos

dentro de su ano, se puso en cuclillas y subió y bajó introduciéndose los dos dedos dentro de su culo virgen una y otra vez, no podía parar, algo se había apoderado de ella y había salido un ser desconocido, lascivo y rabioso que ahora solo quería sexo y placer y solo lo quería del hombre que acababa de poseerla y que le dio biberón cuando era un bebé.

Subía y bajaba arqueando la espalda y conteniendo gemidos de placer que le nacían de las entrañas, su padre estaba a punto de explotar, se tumbó en el suelo y a lo bruto sacó los dedos de dentro de su hija y la atrajo hacía él, la bajó de la cama y directamente la empaló cuando el ano de María llegaba al suelo.

La penetró hasta el fondo introduciendo su polla enorme, vieja y excitada y provocando una contracción de puro placer en ambos y además, en María aderezado con un dolor indescriptible, pero ahora ya había traspasado una raya imperceptible entre el dolor y el placer y cuanto más dolor estaba sintiendo, más placer sentía su cuerpo y más ganas de ser penetrada por su padre.

Ambos se fusionaron en el éxtasis puro del sexo, el sexo más oscuro y sucio, el pederasta, el incestuoso, el forzado, todo eso que a María le horrorizaba, ahora la hacía sentir dentro un fuego que era incapaz de contener y que solo se aliviaba cuando su padre la penetraba sin control, sin miramientos una y otra vez.

Aún unidos y con la polla dentro del culo de María, su padre la levantó a horcajadas y la lanzó sobre